

Es necesario resaltar, también, en esta Tesis Doctoral el amplio elenco de fuentes bibliográficas que se han empleado para su elaboración, así como las distintas líneas de investigación que se dejan abiertas tras esta investigación, pero sobre todo, la destacada información que nos aportan los anexos en lo relativo a la política histórica y legal de esta educación.

RUIZ RIVAS, Luis Fernando: *Análisis histórico de las instituciones y realizaciones socioeducativas del Ayuntamiento logroñés, desde la Ley Moyano, hasta la Ley Villar Palasí (1857-1970)*, Tesis Doctoral, Madrid, UNED, 1999. Director: Dra. Aurora Gutiérrez Gutiérrez.

La investigación tiene por objeto averiguar el interés que las autoridades municipales logroñesas manifestaron, durante la época de referencia, por los aspectos socio-educativos. Se analizan aquellas instituciones que promovieron o en las que participaron. Concretamente, se hace un estudio de las siguientes:

- Casa Cuna del Niño Jesús.
- Colonias Escolares Logroñesas.
- Cantina Escolar Logroñesa.
- Instituto Riojano y Colegio de Internos.
- Escuela de Dibujo.
- Escuela de Artes y Oficios.
- Escuela Municipal de Música.
- Escuela de Agricultura.

SANTOS PUERTO, José: *Las luces de una ilustración más temprana: fray Martín Sarmiento, el utopista educador*, Universidad de La Laguna, 1998 (Director: Enrique Belenquer Calpe)

El proyecto inicial de esta tesis tenía un título sensiblemente diferente al que finalmente figura en ella. Este era el largo encabezamiento de aquel proyecto: *Fray Martín Sarmiento el hombre sabio, erudito y docto, pacífico y prudente, que supo acomodarse a la tierna edad de los niños*. El cambio da cuenta de la evolución

de los conocimientos que el autor tenía a cerca de la ilustración y de la mudanza de los objetivos iniciales: lo que en 1992 era una investigación sobre un ilustrado se convirtió en una revisión de la ilustración. Una tesis acerca de ideas y principios pedagógicos terminó siendo un estudio de la infancia, de la escuela y del maestro. El pragmatismo ilustrado desembocó en el sueño de la utopía. Posiblemente una de las pocas maneras de descifrar los arrinconamientos, las repulsas y los desprecios a los que hubo de hacer frente Martín Sarmiento. De estudiar y entender las metamorfosis y estrategias camaleónicas que el benedictino utilizó para desaparecer según su conveniencia del escenario político y cultural de su época. Y de intentar interpretar, explicar y comprender el incomprensible olvido que la historiografía actual muestra para con uno de los hombres importantes de nuestro ilustrado. El informe de la investigación se estructura en cuatro partes, precedidas por lo que el autor llama «apuntamientos o borradores de ilustración», una parte preliminar y contextual que intenta mostrar la injusticia que supuso el que Sarmiento no hubiese aparecido en la *España Ilustrada* de Jean Sarrailh, la obra que reorientó desde los años cincuenta los estudios sobre la ilustración española. En un anexo documental se incluyen los textos educativos y culturales que no habían sido publicados, o que en su día se editaron parcialmente y de forma defectuosa.

La primera parte está dedicada a conocer al hombre y al benedictino, su vida y su obra. Pero estudiar la vida y la obra del padre Sarmiento es, en buena medida, escribir una historia de ausencias, de olvidos, de incomprendimientos, de renunciaciones y tergiversaciones. Es la historia de un gallego de Pontevedra que no nació en Galicia. Que ni se llamaba Martín si se apellidaba Sarmiento. La historia de quien fue el último cronista de Indias, pero cuyo nombre no aparece en la voz «cronista» de las enciclopedias. De quien fue elegido por sus correligionarios abad del monasterio de San Martín de Madrid, pero que no aparece como tal en la documentación de la congregación benedictina de Valladolid. La historia de un doctor en teología que renegaba de la oratoria pueril, de las puerilidades pulpítables, de la teología metafísica y de la

metafísica teológica; que mostraba repugnancia a ser director de monjas, confesor de beata, consultor de señores y ricos.

Es la historia del autor de la primera historia de la poesía medieval española; del primer editor de un texto de Berceo; del primer analista del *Libro del Buen Amor del Arcipreste de Hita* y del *Poema de Mío Cid*; la historia de quien primero vislumbró la procedencia arábigo-andaluza de la lírica galaico-portuguesa. Y que, sin embargo, apenas es nombrado hoy en las historias de nuestra literatura. Es la historia de un lingüista adelantado a su época, precursor de la filología románica. Que no tuvo reparos en aplicar la metodología inductiva baconiana al estudio del lenguaje, por más que hoy nos despiste que él atribuyera a Euricles la paternidad de su método. Digamos, para no cansar, que es la historia de un español que participó activamente en la introducción de la ciencia en la España del siglo XVIII, pero cuyo nombre no encontraremos hoy en los libros de historia de ciencia española.

A su nacimiento en Villafranca del Bierzo se dedica quizás un excesivo número de páginas. El autor, lo justifica de esta manera: se trata de denunciar el injusto olvido de la tierra que le vio nacer y para afirmar que los bercianos y el Bierzo tienen la obligación de asumir esa realidad histórica creando un centro de investigación, de difusión y de conservación de su obra intelectual, exigiendo de las autoridades públicas la financiación adecuada. La infancia vivida en Pontevedra es escrita en primera persona, a modo de relato autobiográfico. Entre otras razones porque de esa etapa apenas existen otras noticias que las que el monje nos dejó intercaladas en sus escritos. Se trata, por tanto, de una parcial y sesgada, tanto por el subjetivismo con el que el tiempo velaba la memoria del adulto Sarmiento como por su arbitrariedad para contarnos sólo lo que quiso que se supiera. Las restantes cien páginas dedicadas a dar cuenta de su vida tratan de clarificar sus años de formación, su compromiso intelectual con Feijoo y con la edición de su obra, las responsabilidades culturales que asumió, así como las soledades y tristezas de un hombre problemático e incomprendido por la mayoría de sus contemporáneos.

En la segunda parte se intenta mostrar su carácter ilustrado. Consta de una introducción y tres capítulos. En la introducción se da cuenta brevemente de las actuales líneas interpretativas de la ilustración española como una ilustración cristiana, por más que ya constituya una categoría histórica.

En el primer capítulo de esta segunda parte se analizan las «ideas, palabras y conceptos nuevos» de la ilustración. Se contraponen las luces con las tinieblas; los ilustrados con los tenebrarios y luciérnagas. Se muestra a Sarmiento contrario a la tortura, como buen discípulo de Feijoo, pero además aparece como un abanderado contra de la pena de muerte, al mismo tiempo que Beccaria, lo que lo sitúa en este aspecto por encima de todos los ilustrados del reinado de Carlos III. Se nos aparece también denunciando los latrocinios, los abusos, las estafas y las intimidaciones a que eran sometidos los más humildes. Censurando y acusando a los que se escudaban con la capa de Dios: curas, obispos y administradores de su orden. Pero también a los que para sus fechorías usaban las capas de la injusticia, del rey y del bien público. Fue, sin duda alguna, el hombre de su tiempo que con más rotundidad denunció públicamente los abusos. El Dr. José Luis Pensado, que presidió el tribunal que juzgó la tesis, lo había dicho muy bien hace años: «en la vida del s. XVIII parece que se ha reservado el papel de desenmascarar a los hipócritas que no ajustan su comportamiento a lo que predicán». De ahí el silencio que aún hoy nubla su producción escrita.

En el capítulo tercero se presenta a Sarmiento como «un hombre bien informado». Se da cuenta de sus relaciones con los personajes importantes de su tiempo y de la influencia que ejerció en otros. Se explica brevemente la historia de la formación de su biblioteca particular y se señala la composición de las obras que formaban parte de ella. Entendido en botánica, fue uno de los primeros en conocer el sistema de clasificación de linneo, participando activamente en la creación del jardín botánico, donde investigaba con su amigo José Query con los Ortega, actividades y conocimientos que muchos de sus allegados y contertulios consideraban extravagantes. Una cosa parece deducirse de este capítulo: no estará correctamente expli-

cada la introducción de las ideas de Newton ni las de Linneo en España mientras no se tengan en cuenta sus aportaciones.

En el último capítulo de la segunda parte, «los caminos de la investigación histórica», se desbarata un error histórico recurrente en los estudios de Mayáns: Sarmiento nunca dio por válida la edición de la *España Primitiva* de Huerta. El benedictino se nos aparece como un historiador crítico que basa sus análisis en las fuentes documentales originales no manipuladas y que rechaza contundentemente las falsificaciones históricas. Después de presentar brevemente su metodología crítica se intenta mostrar cómo participa de las nuevas concepciones de la historia que nacía en el siglo XVIII, una historia civil, ligada al acontecer de la humanidad. En esa línea se inscriben muchas de sus propuestas para recoger materiales con los que iniciar esa historia aún por hacer y también muchas de sus investigaciones históricas: en lugar de la historia de reyes y príncipes, Sarmiento prefirió investigar acerca de los orígenes de la sífilis, de la calzada romana que unía Braga y Astorga, de los maragatos, de la verdadera patria de Cervantes, del origen del papel y del ajedrez, o sobre los orígenes de nuestra poesía, probablemente su más conocida obra.

En este mismo capítulo se da cuenta de la importancia de esta primera historia de la poesía española y se reseñan las aportaciones más significativas. Se resumen, asimismo, algunas de sus aportaciones lingüísticas, tomando las referencias de Fernando Lázaro Carreter y de José Luis Pensado. En un intento de puntualizar a François López cuando analizando las ideas Mayáns decía que «el tiempo de España no era el tiempo de la Europa de las luces», el capítulo concluye de forma terminante: Sarmiento sí era atrevido en sus ideas lingüísticas, marchando al compás de los *philosophes* en sus investigaciones acerca del origen del lenguaje, pero precediendo a todos ellos en sus conceptos de romanidad. Si en este campo España y Europa marchaban a destiempo, hay que atribuirlo a la ventaja que había cobrado el benedictino sobre sus contemporáneos europeos.

La tercera parte está dedicada a conocer y valorar al Sarmiento educador. Como maestro de escuela en ejercicio, al autor le resulta-

ba pertinente entender cuál era la idea que el benedictino tenía de la formación del maestro, cuál era su concepción del niño y saber por qué renegaba de la escuela de su tiempo. Al volver la vista atrás para conocer cómo era esa escuela, se descubre una institución desorganizada y desprestigiada. Sin financiación estatal, porque teóricamente era competencia municipal, se nos aparece dejada de la mano de Dios. Las escuelas, si es que así podían llamarse, eran estancias oscuras, insanas y sucias, cuando no zaguanes, escaleras o establos. Escasos bancos sin respaldo, con frecuencia simples tablones, era todo el mobiliario. Sin libros, sin mapas, sin carteles, paredes desnudas y desconchadas. Niños de edades distintas, con distintos niveles y conocimientos, con diferentes etapas de desarrollo y madurez, dedicados a distintos aprendizajes, compartiendo el mismo horario e idéntica pedagogía de un único maestro escasamente cualificado. Disciplina férrea de la letra con sangre entra. Era la escuela que existía, cuando la había, en nuestro siglo de las luces. Esa era la escuela de la que renegaba Sarmiento.

Decir que se aleja del pragmatismo educativo de su tiempo porque renegó de la media-escuela, cuadra y pósito, de la ilustración es correcto, siempre y cuando proyectemos su pensamiento hacia el futuro, hacia un futuro lejano, para poner de manifiesto que la escuela de la vida no es compatible con el encierro y la masificación. Y siempre que conengamos en que la escuela como lugar de aprendizaje de los niños y de las niñas de la España del siglo de las luces no existió. La escuela de los niños fue una quimera; la de las niñas una entelequia, aunque de las escuelas gratuitas de Carlos III haya podido escribirse una obra tan sugerente como la de Paloma Pernil Alarcón. Pero Sarmiento no era contrario, como muchas veces se cree, de que los hijos del pueblo aprendieran a leer, escribir y contar. Eso hubiera sido, como él decía, «una necia y bárbara tiranía en el reino racional, porque tan hombre es el hijo de un labrador como el hijo del Gran Turco; y tanto, o acaso más, racional que él».

Una superficial lectura de los textos pedagógicos del benedictino muestra que pocos hubo como él que valoras en tanto a la

infancia, una infancia definida como la edad del juego, de la inocencia y de la felicidad. Pero el significado de esa valoración sólo tiene sentido en la medida en que conozcamos la idea que sus contemporáneos tenían de la infancia. Como quiera que al iniciar la investigación no existía una historia de la infancia española que pudiera llamarse tal, el autor dedicó abundante espacio a intentar conocer cómo nacían, cómo se abandonaban, cómo se alimentaban, cómo jugaban, cómo malvivían y cómo morían los niños en el Antiguo Régimen. Después de este estudio –asegura el autor– podemos hoy decir bien alto, para que todo el mundo lo sepa, que el padre Sarmiento fue el gran amigo de los niños en nuestro siglo XVIII.

El último capítulo de la parte pedagógica de la investigación trata de conocer cómo era la profesión de maestro en tiempos de Sarmiento, tarea necesaria para comprender sus críticas y sus propuestas. Se descubre a un maestro miserablemente retribuido y peor considerado. Pero ni su formación ni su trabajo merecían otra cosa: campaneros, sacristanes, foseros, enterradores, taberneros, sangradores, barberos, zapateros, esos eran los oficios principales del medio-maestro de la España rural del siglo XVIII. Y rural era casi toda aquella España. En las ciudades existían algunos maestros no tan ignorantes, herederos en bastante medida del calígrafo medieval, agrupados en la Cofradía del San Casiano. Pero nadie se preocupaba tampoco de su formación. Es en ese contexto en el que hay que situar las críticas de Sarmiento. Porque a pesar de sus frecuentes reproches, a veces sátiras insultantes, pocos hubo en realidad que valorasen tanto como él la vocación y el oficio docente. Por eso una de sus principales preocupaciones pedagógicas fue la formación del maestro de primeras letras, un maestro que fuera capaz de sacar a la luz las potencialidades de las arcas cerradas que eran los niños. La formación del maestro, que, sin embargo, fue ignorada por el siglo de las luces por más que tanto se hable del interés educativo de nuestros ilustrados.

La última parte ha de resultar polémica. No tanto porque sea cuestionable lo que en el desenlace de la investigación se muestra, sino porque rompe en buena medida la recons-

trucción histórica que en las últimas décadas se ha hecho de la ilustración española. En esta parte aparece el Sarmiento utopista. El español del siglo de las luces que apreció al buen salvaje, al indio y al negro, desaparecidos y explotados por los blancos de punta en blanco. Y quien más admiración tuvo para con otro buen salvaje más cercano, que no hay que buscar en continentes aún por explorar: el rústico sencillo, los hombres y las mujeres del pueblo, de quienes tanto aprendió el benedictino.

Se presenta en esta parte al español del siglo de las luces que después de valorar la cultura popular de su tierra supo comenzar a rescatarla, adelantándose a su tiempo. El español del siglo de las luces que de una u otra manera participó en la planificación del poblamiento de Sierra Morena, la utopía en acción que hasta ahora sólo se atribuía a Campomanes y Olavide. El español del siglo de las luces que probablemente fue el autor de *La Sinapia*, este corto, misterioso y anónimo texto utópico que otros consideran redactado a principios de siglo. El que construyó la utopía en nuestro siglo de las luces: su obra, su desconocida obra, contiene todos los elementos utópicos que pueden encontrarse en las ilustraciones de otros países y nos muestra que la utopía existió de forma clara en la nuestra.

El desenlace final de la tesis intenta explicar por qué, ya en su tiempo, desapareció de la historia el principal representante del *autre côté* español: porque no podía polemizar consigo mismo, en tanto que él era responsable en buena medida del éxito del Feijoo y de los proyectos culturales, reformistas y utilitario de Rávago y Campomanes. Por eso prefirió callar cuando más tarde se vio despreciado, desprestigiado y arrinconado por hombres de mediocres luces. Pero también nos permite entender por qué continúa siendo desconocido en nuestro tiempo: porque no casa con las actuales directrices interpretativas de la ilustración española. Porque según dijo Sarrailh y después dicen que confirmaron otros muchos, aquí no hubo nadie en el otro bando; nadie hubo que se desviara de la senda marcada por los déspotas de turno; sólo unos retrógados que en el motín de Esquilache manipularon a la masa crédula.

La investigación reseñada viene a cuestionar esa forma unívoca de interpretar la ilustración y la antiilustración españolas. Y señala que hay otra ilustración aún no estudiada, la ilustración utópica, una ilustración de la que Sarmiento es quizás su principal representante. Por eso, mientras el benedictino permanece ausente en las historias de nuestro siglo XVIII, la ilustración española heredera de Jean Sarrailh, y de tantos otros, será lo que se ha dado en llamar una ilustración insuficiente.

ZULUAGA GARCÉS, Olga Lucía: *La instrucción pública en Colombia: 1845-1868. Entre el monopolio y la libertad de enseñanza. El caso de Bogotá*. Tesis Doctoral, Madrid, UNED, 1999. Directora: Dra. Gabriela Ossensbach Sauter.

En este lapso de reformas liberales presenta tres acontecimientos importantes: el establecimiento de la *libertad de enseñanza*, la municipalización de la educación, así como la temprana aprobación de algunos principios de la pedagogía pestalozziana y la creación de la Escuela Normal de la Provincia de Bogotá, bajo esos principios. Como antecedente, profundamente ligadas a la *libertad de enseñanza*, se analizan las tensiones centro-provincia por la centralización de las cátedras universitarias, conducentes a título, en las Universidades estatales. Durante tres décadas los dirigentes de la República trataron, en amplia medida, de mantener el control de las profesiones tradicionales en las Universidades, a la vez que pretendieron reorientar el currículo hacia las ciencias útiles, tanto en el nivel de la educación secundaria como en el nivel de la educación universitaria.

De otro lado, las profesiones tradicionales habían decaído notablemente. La juventud terminaba pronto sus estudios doctorales y la preparación se había vuelto superficial. El desenlace de esta situación fue la promulgación por el Congreso de 1850 de la *libertad*

*de enseñanza*, la supresión de las Universidades y la declaratoria de la ineficacia de los títulos para ejercer las profesiones. Como consecuencia, se fortaleció la educación privada como un sistema paralelo e independiente de la educación pública.

Como parte de las reformas liberales, la educación fue municipalizada en busca de la autonomía que debían aprender las localidades para manejar sus propios asuntos. El experimento fracasó, no sólo por la inestabilidad política que vivió el país en las décadas siguientes a la Independencia, sino también por la ignorancia de buena parte de los Cabildos, corporaciones municipales responsables de la educación. A lo anterior se suma la pobreza de las localidades, que no permitía cubrir el pago del maestro, siendo éste un poderoso factor en el desprestigio que alcanzó este oficio.

Por su parte, la Escuela Normal de la Provincia de Bogotá, creada con la reforma de 1845, formaba maestros según las concepciones de la enseñanza mutua y de los principios pestalozzianos. A la luz de estos últimos se transformó la práctica pedagógica de las escuelas primarias, que habían utilizado desde 1822 la enseñanza mutua. Por primera vez, la Escuela Normal alcanzó fortaleza y reconocimiento como institución formadora de maestros y transformadora de la práctica pedagógica. Este auge duró poco tiempo, ya que en 1852 la Escuela Normal fue cerrada, pues los liberales consideraban que podía fortalecer el gremio de los maestros, lo cual era contradictorio con sus ideales políticos.

Finalmente a partir de 1868 reaparecieron los estudios profesionales con la creación de la Universidad Nacional, quedando atrás la confusión creada por la *libertad de enseñanza* en los diferentes niveles del sistema de instrucción pública. Igualmente, la escuela primaria y la Escuela Normal alcanzaron un considerable desarrollo entre 1870 y 1876, con la reforma implantada en 1870.